



## *El mensajero de las otras rutas*<sup>87</sup>

PIA BARROS<sup>88</sup>

**A Ramón Solís, que lo contó  
desde otro ángulo.**

CADA MAÑANA, le pesan las piernas y el desgano al emprender el camino a la parada del bus. Piensa en la vastedad de la cama que nunca ha compartido, salvo con la prima de infancia, y el cuerpo entero se le derrama de tristeza.

Como cada mañana, sube al bus esperando que algo ocurra, que se estrelle, que lo asalten, que suban dos encapuchados con barba y degüellen a los pasajeros por un par de céntimos, que el chofer decida seguir derecho en la curva del barranco y así la libere de la oficina, de la timidez, del escaso sueldo, de las dietas que en nada la merman, de la raya en el ojo y el colorete en las mejillas.

Como cada mañana busca su lugar en el primer asiento a la derecha. Es estúpido. Hoy no. No es importante bajar la primera, en esa carrera inútil para ahorrar un tiempo que le sobra. Camina con decisión

**87** De la colección de cuentos bilingües de la misma autora *Signos bajo la piel* (2008).

**88** Pia Barros, escritora chilena nacida en Santiago, ha sido miembro del directorio de la Sociedad de Escritores de Chile. Es directora desde 1976, de los Talleres Ergo Sum y de las Ediciones Asterión. Ha publicado una treintena de libros-objeto con material literario ilustrado por destacados artistas gráficos del país. Profesora de Técnicas Narrativas, en la Escuela de Periodismo de la Universidad Bolivariana. Algunos de sus libros : LIBROS 1985 "Miedos Transitorios". Ediciones Ergo Sum; 1986 Miedos Transitorios es editado en Uruguay bajo el sello YOEA LIBROS; 1996 "Transitory Fears", traducido al inglés; 1990 "A Horcajadas", Mosquito Editores; 1992 "Astride", Edición Bilingüe a cargo de Analissa Taylor. (Cuatro Ediciones); 1990 "El Tono Menor del Deseo", novela, Editorial Cuarto Propio (segunda edición 1998); 1994 "Signos Bajo la Piel", Editorial Grijalbo (Cuarta Edición). Sus cuentos han aparecido en más de treinta antologías, tanto en Chile como en el extranjero (Italia, Estados Unidos, México, Alemania, Australia, Argentina, Venezuela, Ecuador y otros). Contacto: piabar@gmail.com



hasta la última fila, aún la espera una hora de viaje a la ciudad. Amarra sus ojos al paisaje de los suburbios y trata de encontrarse con el sueño de siempre: la isla, la playa blanca, el mar muy azul, el muchacho de brazos levemente dibujados que hace el amor con una muchacha que no es ella, porque en sueños prefiere husmear, no ser partícipe, no se atrevería.

Ni siquiera el peso del hombre que se sienta junto a ella le hace desviar la vista del paisaje, porque allí, el muchacho está besando en el cuello a la muchacha, que automáticamente, como cada mañana de lunes a viernes entre las ocho quince y las ocho treinta entreabre las piernas sin pudor, como una llamada. Ella junta más sus muslos, estremecida, sentada en el último asiento del bus.

“¿Llega al terminal?”. Maldita suerte, le tocó uno de esos conversadores que no faltan y se entretienen hablando de sí mismos hasta cansarla. No quiere mirarlo, tal vez le notaría en el rostro la isla, el muchacho y ese calor que la recorre al imaginarlos. “Sí”, dice con la precisa sequedad que impide toda conversación.

El hombre se aprieta más a ella. Los ochenta kilos se le incrustan distribuidos entre el vidrio y el apoyabrazo. Quiere decirle que no aprisione más, que amedrenta a su gordura tímida, a su vergüenza. Tal vez debería cambiarse de asiento. Medita en si debe reclamar o avisarle al chofer, pero en ese instante una mano intrusa se deja caer como al descuido entre sus piernas regordetas.

Clava los ojos en esa mano, perturbada, indecisa. Sabe que debe decir algo, pero la mano pareciera descansar inocente y ella siente que esa tibieza empieza a traspasar la tela de la falda, que le hace bien, y en dos cuerdas más eso sí, le pedirá amable pero firmemente, que la retire.



“No se niegue”, murmura suplicante la voz del hombre.

La mano se escabulle entre los pliegues de su falda y acaricia suave su pubis protegido por esas malditas pantys de lana que jamás olvida llevar en estos inviernos.

Sonríe y piensa que esto ocurre en las películas a mujeres delgadas y pálidas, no a ella.

Tendré que reclamar al chofer, musita sin ganas.

“Por favor, no se niegue”.

La mano llega a su cintura, donde la piel se le pliega abultando la grasa y ella se estira para que a la mano no le sea tan difícil y pareciera que no lo es, porque la mano se mete entre el elástico y la panty de lana y comienza a bajar. Ella hunde el vientre mecánica en ese gesto que la defiende. Siente cómo se desliza su panty de lana hacia las rodillas y se cubre con el bolso para no ser vista, pero los pocos pasajeros del bus están distribuidos en los asientos delanteros. Debería reclamarle al chofer, susurra, sin apartar los ojos de la ventana y haciendo contorsiones para que la mano logre bajar la panty y el calzón hasta sus pantorrillas. Por un instante, piensa en la posibilidad de que esa mano sea la de un adolescente bromista que pretende burlarse de ella, como los de la esquina del bar, que la manosean y se ríen, “gorda asquerosa y para eso te crees tanto”, pero no le importa, algo la impulsa a ayudar para llevar ese horror de lana apelmazada hasta sus tobillos. Ya allí, retira las medias con un ágil movimiento y las engarza en los tacones para tomarlas y ponerlas dentro de su bolso.

Yo no sé quién se creerá usted que soy...

El hombre no contesta, pero mira hacia delante.

Ella decide no apartar los ojos de la ventana. Trata de pensar en los muchachos de la playa, pero sólo se ve a sí misma, difusa, con las piernas abiertas para recibir



la lengua caliente del sol. Cierra los ojos.

La mano juega en el tupido vello con suavidad, lo amasa, lo acaricia lento, le roza los labios que se encabritan al contacto y ella se estremece.

“Disimule, como si nada pasara...”

Esto es estúpido, dice sin convicción.

La mano la aprieta suave y un dedo comienza a rotar lento, lento, humedeciéndola. La otra mano del hombre toma una de las suyas y la lleva hasta su pantalón. El contacto es una descarga que la enrojece y asfixia. Quiere retirarla, pero el hombre la sostiene y obliga a que su palma pase una y otra vez por la protuberancia tibia. Empieza a gustarle el contacto y lo acaricia y baja el cierre para tocarlo de más cerca, curiosa y obstinada en su tarea de mirar por el cristal.

La mano de él está viscosa y ella se avergüenza de ser tan húmeda. El dedo comienza a entrar, a entrar, presionando, presionando, extendiendo sus paredes interiores hasta el ahogo y el mareo. Es realmente una situación ridícula. Alguien vendrá y la entregarán a la policía y será un bochorno todo, pero es tibio y la mano pulsa sobre su intimidad, toca, roza, se apropia de cada centímetro de piel. Ella aprieta y estira la suya, la cierra con fuerza sobre él, y él dice “suave” y ella suave, con los ojos cerrados, pero ya no puede más, toda ella suda y moja las ropas, el pelo se le adhiere a la nuca...

Entonces el hombre la toma por la cintura fofa y ella se levanta sosteniéndose con ambas manos del respaldo del asiento delantero. Desde allí mira a las pocas mujeres que van en el bus, dormitando con sus nuca inclinadas. El hombre se desliza bajo ella y la sienta sobre sí, despacio. Con una mano le tapa la boca. Con la otra, rebusca entre sus nalgas el camino. El hombre entra con dificultad. Le duele, arde y desea



tenerlo dentro. El hombre la sienta del todo entre sus piernas y pareciera que se fuera a partir en dos, la mano presionando su boca ahoga el quejido. Y luego ella rota, gira lenta sobre él, una y otra vez, una y otra vez, hasta que sus paredes sienten el estallido, el latido feroz y rápido que la separa un tanto de la piel caliente y ya gomosa de él. El hombre la retira de sí, pero su dedo queda dentro, y rota y la mano rota sobre ella y los ojos le arden de tanto apretarlos y el vientre pareciera querer irse hacia abajo, muy abajo, fuera del mundo. Empieza a estremecerse, quiere gritar, dar un aullido de loba que desgarre esa mañana y a ella misma. La otra mano vuelve a cubrirle la boca y ella se deja ir, en espasmos, estremecida, derrotada.

“¿No va a mirarme?”, dice él luego de unos instantes.

No quiero, perdone, pero no quiero verlo, ni saber su nombre. Gracias.

El bus se detiene en su primera parada. El hombre se sube el pantalón. Ella observa esa mano levemente enrojecida que se limpia en el pañuelo blanco. Cierra los ojos para no tentarse y ver su rostro. Gracias, musita. “Hasta otra vez”, dice él levantándose.

Mira su espalda alejarse por el pasillo del bus. No piensa, no quiere pensar, sólo sentir, saber que nunca más necesitará del muchacho y la muchacha que a esa hora poblaban sus fantasías porque ahora puede recordar.

El terminal se acerca. No importa si se ve extraña en pleno invierno, sin medias. Toma su bolso y se pone de pie.

En las primeras filas, un par de hombres y seis mujeres dispersas.

A medida que va pasando entre los asientos, los



ojos de las otras se van quedando prendidos a sus piernas desnudas. Un código secreto se le trepa al entendimiento y enrojece. Mira unos ojos mansos y entonces sonrío sin pudor.

Enigmática, hace una seña para que la sigan esas seis mujeres a las que nunca antes había visto. ¿A ustedes también?, dice y observa animarse esos rostros de cuerpos desproporcionados, o facciones aguileñas, o con aires modosos de profesora primaria.

Asiente con la mirada perdida en un recuerdo. “Yo creo que es un enviado, un ángel”, dice una. El círculo se cierra en torno a sus ochenta kilos. Entonces descubre que todo está bien, en orden. El próximo mes se sentará en los asientos delanteros, como todas y simulará dormir para no ver su rostro, para ponerle el que se invente en el recuerdo, cuando otra aburrida y escéptica cruce hasta la última fila y desde alguna parte emerja el mensajero de las otras rutas.